

petición. Y entonces, quién se dejó caer por allí, *ex machina*, sino el Dr. Japp, como un príncipe disfrazado que hace caer el telón sobre la paz y la felicidad en el último acto. Porque traía en su bolsillo no un cuerno, ni un talismán, sino un editor. De hecho, mi viejo amigo, Mr. Henderson, le había encomendado el rastreo de jóvenes escritores para *Young Folks*². Incluso la rudeza de una familia unida titubeó ante la medida extrema de atacar a nuestro invitado con los miembros mutilados de *El cocinero de a bordo*. Por otro lado, tampoco queríamos, bajo ningún concepto, detener nuestras lecturas, así que, se comenzó la historia otra vez desde el principio y fue solemnemente recitada para beneficio del Dr. Japp. Desde ese momento en adelante he tenido en alta estima su facultad crítica, porque, cuando nos abandonó, llevaba el manuscrito en su maleta.

He aquí que tenía, por tanto, todo de mi parte: simpatía, ayuda y, ahora, un compromiso firme. Además, había elegido un estilo muy simple. Comparándolo con el casi contemporáneo de *Los hombres alegres* un lector puede preferir el de una obra, otro el de la otra (es una cuestión de temperamento o de estado de ánimo), pero ningún experto puede dejar de ver que el uno es mucho más difícil y el otro harto más fácil de mantener. Da la impresión de que un hombre de letras experimentado puede comprometerse a crear *La Isla del tesoro* a un ritmo de tantas páginas al día mientras mantiene su pipa encendida. Pero, ¡vaya! este no era mi caso. En quince días que le dediqué, escribí quince capítulos, y entonces, en los primeros párrafos del decimosexto, ignominiosamente, perdí pie. Mi boca se quedó seca, no había ni un palabra de *La Isla del tesoro* en mi pecho, y hete aquí que ya estaban las pruebas de imprenta de la primera parte esperándome en el *Hand and Spear*. Así que las corregí, durante una temporada de vida casi en solitario, mientras caminaba por los páramos de Weybridge en mañanas de otoño cubiertas de rocío, en general contento con lo que había hecho y más aterrorizado de lo que pueda describirles con palabras ante lo que me quedaba por hacer. Tenía treinta y un años, era cabeza de familia, había perdido mi salud; nunca me había hecho cargo de mis gastos, nunca había ganado 200 libras al año, muy recientemente mi padre había comprado y destruido todos los ejemplares de un libro que había sido considerado un fracaso: ¿iba a ser este otro un último fiasco? De hecho, me hallaba muy cerca de la desesperación,

² *Revista de literatura infantil.*

pero apreté los dientes y, durante el viaje a Davos, donde iba a pasar el invierno, tomé la resolución de pensar en otras cosas y sepultarme en las novelas de M. de Boisgobey. Llegado a mi destino, me senté una mañana frente a la historia inacabada y hete aquí que comenzó a fluir de mí como charla ligera; y en una segunda oleada de dichosa aplicación, de nuevo a un ritmo de un capítulo diario, terminé *La Isla del tesoro*. Pero debe ser narrado con toda exactitud: mi mujer estaba enferma, el chico era el único de los fieles que me quedaba, y John Addington Symonds (a quién tímidamente mencioné el asunto en que me ocupaba) me miró con recelo. Él estaba por entonces empeñado en que yo debía escribir acerca de los personajes de Theophrastus, tan errado puede andar el juicio de los hombres más sabios. Pero Symonds (para ser justos), difícilmente era el confidente del que cabría esperar interés en una historia para niños. Era de mente amplia, un «hombre completo», si es que ello existe, pero el mismo nombre de mi empresa le sugería únicamente capitulaciones de sinceridad y solecismos de estilo. ¡Bueno!, no estaba del todo equivocado.

La isla del tesoro – fue el señor Henderson quien desechó el primer título, *El cocinero de a bordo*, apareció a su debido tiempo en la revista, donde ocupaba el ignominioso centro, sin grabados y no atrajo la más mínima atención. No me importó. A mí me gustaba la historia por la misma razón que a mi padre le había gustado el comienzo: era mi tipo de imaginario. Estaba, además, no poco orgulloso de John Silver, y hasta el día de hoy he seguido admirando a ese escurridizo y formidable aventurero. Y lo que era aún más liberador: había traspasado una frontera, había terminado una historia y escrito «Fin» en el manuscrito, como no había ocurrido desde *The Pentland Rising*, cuando era un muchacho de dieciséis años que aún no había ido a la universidad. De hecho, lo había conseguido gracias a la conjunción de una serie de afortunados accidentes: si el Dr. Japp no hubiese venido de visita, si la historia no hubiese fluido de mí con singular facilidad, podía haber sido dejada de lado al igual que sus predecesoras y hubiese encontrado un tortuoso y no lamentado camino hacia el fuego. Los puristas pueden sugerir que hubiera sido mejor así. Yo no soy de esa opinión. La historia parece haber ofrecido disfrute a muchos, y proporcionó (o fue el medio a través del cual proporcionar) lumbre y comida y vino a una familia que lo merecía y por la cual siento gran interés. No necesito decir que me refiero a la mía.

Pero las aventuras de *La Isla del tesoro* no habían llegado a su fin. La había escrito a partir del mapa. El mapa era una parte fundamental

de la trama. Por ejemplo, había llamado a un islote Isla del Esqueleto sin saber qué significaba, buscando sólo el pintoresquismo inmediato, y fue para justificar dicho nombre por lo que entré en la galería del señor Poe y robé el esqueleto indicador de Flint. Y, de igual manera, fue a causa de haber trazado dos puertos por lo que envié a vagabundear a la *Hispaniola* en manos de Israel Hands. Llegó el momento en que se decidió reeditar, y mandé mi manuscrito, junto con el mapa, a los señores Cassell. Las pruebas llegaron y fueron corregidas, pero no tuve noticias del mapa. Escribí preguntando por él: me dijeron que jamás había sido recibido y tuve que sentarme, apabullado. Una cosa es dibujar un mapa al azar, asignarle una escala en una de sus esquinas a ojo, y escribir una historia basándonos en esas dimensiones; otra, muy distinta, tener que examinar un libro entero, hacer un inventario de todas las alusiones que contiene y luego, con un compás, dibujar con esfuerzo un mapa que se ajuste a los datos. Yo lo hice así, y el mapa fue dibujado de nuevo en la oficina de mi padre, y embellecido con dibujos de ballenas resoplando y barcos navegando, y mi padre mismo, sacando provecho para el caso cierta habilidad suya para trazar diferentes caligrafías, forjó la firma del capitán Flint y las indicaciones de navegación de Billy Bones. Pero, en cualquier caso, esa nunca fue para mí la Isla del Tesoro.

He dicho que en el mapa estaba implícita la mayor parte de la trama. Igualmente podría haber dicho que lo estaba la trama entera. Unas pocas reminiscencias de Poe, Defoe y Washington Irving, una copia de los *Bucaneros* de Johnson, el nombre del «Cofre del Muerto» de *At Last* de Kingsley, algunos recuerdos de la práctica del piragüismo en alta mar y el mapa en sí, con sus infinitas y elocuentes sugerencias, constituyeron el total de mis materiales. No es, quizá, frecuente que un mapa figure de forma tan principal en una historia, pero siempre es importante. Un autor debe conocer sus territorios, ya sean reales o imaginarios, como su propia mano; las distancias, los puntos cardinales, el lugar por donde sale el sol, las fases de la luna, todo esto no debería constituir motivo de reflexión. Y, ¡qué complicada es la luna! Yo cometí ciertos errores con la luna en *Príncipe Otto* y, tan pronto como me fueron hechos notar adopté la precaución, que recomiendo a otros, de no escribir en adelante sin disponer de un almanaque. Con un almanaque y un mapa de la región, y un plano de las casas, ya sea realmente diseñado en papel, ya memorizado de inmediato, uno puede ser capaz de evitar algunas de las mayores meteduras de pata. Con el mapa ante sí, difícilmente hará que el sol se ponga por el Este, como ocurre en *El*

Anticuario. Con el almanaque a mano, es difícil que permita que dos hombres a caballo, viajando por un asunto de la mayor urgencia, empleen seis días, desde las tres de la mañana del lunes a última hora de la noche del sábado, en un viaje de, digamos, noventa a cien millas y, antes de que acabe la semana, y siempre con los mismos jamelgos, cubran cincuenta millas en un día, como puede leerse con detalle en la inimitable novela *Rob Roy*. Y de hecho está bien, aunque no es absolutamente necesario, evitar estos tropezones. Pero mi opinión —o mi superstición si así lo prefieren— es que aquel que es fiel al mapa, y lo consulta, y deja que su imaginación se guíe por él cada día y cada hora, obtiene de hecho un gran apoyo, y no meramente inmunidad contra los accidentes. La historia se enraíza allí, crece de ese suelo, tiene una columna vertebral propia detrás de las palabras. Es mejor si el escenario es real, y uno lo ha recorrido hasta el último paso y conoce cada marca del terreno. Pero incluso con lugares imaginarios, hará bien al principio en proveerse de un mapa; al estudiarlo, se le harán evidentes relaciones en las que antes no había pensado, descubrirá obvios, aunque insospechados, senderos y atajos para sus mensajeros, e incluso cuando un mapa no es la trama en sí, como ocurría en la *Isla del tesoro*, encontrará en él una mina de sugerencias.

Traducción: Marta Sanfiel.

